



V Certamen de Cuentos Astrolabio

Primer Premio

VACUIDAD

Cecilia Rodríguez López

Sentí como mi cuerpo se relajaba por última vez mientras esperaba. Había escuchado tantas versiones sobre esto que me parecía imposible que no ocurriera algo: un bello jardín, quizás la voz de algún antiguo familiar llamándome... Pero sé que antes de eso debería de pasar algo, así que continué esperando. Pero el tiempo pasaba, y no ocurría nada. Cuando quise suspirar, reparé en que hacía ya tiempo que mis pulmones habían dejado de funcionar. Solo me quedaba la opción de seguir allí, pensando en que tal vez, al igual que lo bueno se hace esperar, el más allá era una transición que tardaba en ocurrir. El problema era que ya no tenía forma de medir el tiempo. La luz del sol se había vuelto imposible de distinguir entre las cuatro paredes que ahora me contenían preso. Pasaron días, quizás. Procedí entonces a recordar como había acabado todo: por un momento, escuché muy vagamente el largo pitido que selló mi destino en el Hospital General Universitario. Después de ello, se hizo el silencio. Por más que quería seguir recordando, mi memoria desaparecía al igual que mi cerebro. La ansiedad me incitaba a gritar; pero ya no podía. Entonces comprendí algo que en otro momento me habría hecho palidecer: No había oscuridad, ni cielo, ni infierno... solo una consciencia atrapada en una ausencia absoluta. La muerte no era el final, porque el final nunca llegaría

No había nada después de la muerte. Nada, excepto yo.



V Certamen de Cuentos Astrolabio

Segundo Premio

EL ARMARIO

Paula del Cerro Calvo

Mis padres se habían divorciado. Mi madre se había vuelto a casar y ahora nos íbamos a mudar. Yo iba mirando el paisaje dentro del coche, escuchando las conversaciones de mis padres mientras que mi hermana pequeña veía My Little Pony en la *tablet*. Nos íbamos a mudar a una ciudad llamada Toledo.

Cuando nos bajamos del coche me quedé mirando mi nueva casa. No tenía mala pinta, la verdad. En cuanto terminé de ordenar mi habitación me puse los cascos, le di al *play* y me tumbé en la cama. Duró poco porque mi hermana Raquel me dijo que si jugábamos al escondite. Le dije que sí, no tenía otra cosa mejor que hacer.

Conté hasta cien y me pude a buscarla. Miré por todas las habitaciones y nada. No aparecía. No sabía dónde podía estar, hasta que la vi. Una puerta cerrada que aún no había abierto.

Abrí la puerta y no vi nada. Porque no había nada, excepto un gigantesco armario. Era de madera y parecía viejo. En cuando lo abrí vi que había un espejo roto pegado por dentro de una de las puertas del armario. Era como si hubiesen empotrado a alguien contra el espejo. Miré el armario por dentro. Había ropa vieja, colgada en perchas, y no se veía el fondo. Grité el nombre de mi hermana. Nada. Sin pensármelo mucho me fui metiendo dentro poco a poco. No volví a ver la luz del sol. Y encontré a mi hermana. Estaba muerta.



V Certamen de Cuentos Astrolabio

Tercer Premio

LA CAMPANA QUE AVISA

José Alcalá Pérez

Cada noche, a las tres menos cuarto, la campana de la iglesia del pueblo late sin hacer ruido.

No es que nadie la oiga. Es que nadie quiere oír.

Los ventanales tiemblan, en el agua de los charcos se apreciaban esas ondas, mi perro se asusta, como si el aire estuviera lleno de mensajes prohibidos. Desde el incendio del pinar, donde algunos jóvenes invocaban a espíritus. Nunca se sabrá por qué se incendió. Habrá cambio climático...

Mi primera impresión pensé que era el viento, la segunda vez que era mi sugestión por estar siempre atento a las noticias, la tercera miré al campanario de esa iglesia, la cuerda se balanceaba sola, tensa como una garganta a punto de gritar.

En el solar de enfrente del campanario hay un cartel que promete *progreso*. Progreso fue también cerrar el ambulatorio o mudarlo quitando profesionales. Progreso fue subir las hipotecas y alquileres, que muchas familias se tuvieron que marchar con sus progenitores para sobrevivir. Progreso fue llamar *incidencias* a los despidos.

Esta noche de luna misteriosa la vibración fue distinta. Más potente. Más colectiva. La cuerda ya no colgaba, incluso no estaba, la campana la habían digitalizado.

La cuerda serpenteaba por la calle, tocando las fachadas y deteniéndose en cada puerta cerrada por desahucio, en cada ventana clausurada por quiebra, en cada balcón con pancartas que nadie publica.

La lleva algo invisible, sí, pero ningún fantasma. Es todas aquellas voces que no salen en los medios. Es la rabia de quienes limpian lugares que nunca podrán poseer. Es el eco de la gente que prometieron cambiarlo todo. La campana sigue y nadie la quiere escuchar.

El silencio, esta vez, empieza a organizarse.